

Asociación de Encuentros Psicoanalíticos de Medellín

Estimados colegas, miembros de la Asociación de Encuentros Psicoanalíticos de Medellín:

Después de más de veinte años de participación sostenida en la Asociación de Encuentros Psicoanalíticos de Medellín, considero que ha llegado el momento de realizar un cierre de mi vínculo institucional con este espacio que ha sido, durante un largo trayecto, un lugar fundamental de trabajo, formación y elaboración colectiva. He querido acompañar este cierre retomando el texto *Mi enseñanza* de Jacques Lacan, en diálogo constante con la obra de Freud, no solo como referencia teórica, sino como orientación ética para pensar lo que implica *cerrar, para mí*, una experiencia sin renunciar al deseo que la sostuvo.

Freud inaugura el psicoanálisis a partir de una experiencia clínica que introduce una ruptura radical: el descubrimiento de un sujeto que no coincide consigo mismo, atravesado por un decir que lo excede. Desde sus primeros textos, Freud nos enseña que el psicoanálisis no se funda en certezas, sino en una práctica de la escucha. Lacan, en *Mi enseñanza*, se adhiere a esta herencia freudiana, no para consolidarla como doctrina, sino para devolverle su carácter subversivo y su exigencia ética.

Cuando Lacan afirma que *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*, no se aleja de Freud, sino que formaliza lo que ya estaba en juego en la asociación libre, en los lapsus y en la repetición. Este pasaje del descubrimiento freudiano a la formalización lacaniana ha orientado, de manera constante, el trabajo teórico y clínico sostenido en *Encuentros*.

Freud habla de la atención flotante como una forma de escucha que renuncia a la comprensión anticipada. Lacan radicaliza esta posición al advertir que comprender demasiado rápido es, muchas veces, una forma de cerrar el inconsciente. En ambos, la práctica analítica exige del analista una renuncia: renuncia al dominio, al ideal de eficacia, a la ilusión de saber. Esta renuncia no empobrece la práctica, sino que la sustenta.

Uno de los aportes decisivos de Lacan en *Mi enseñanza*, es la formalización de la división subjetiva. El sujeto del psicoanálisis no es un yo fuerte ni una identidad coherente, sino un sujeto atravesado por la falta y por un deseo que no se deja colmar. Desde esta perspectiva, el análisis no promete soluciones definitivas, sino un trabajo riguroso sobre la posición del sujeto frente a su deseo y su modo particular de goce.

Freud, también, advierte sobre los peligros de la sugestión y del uso del poder transferencial. Lacan retoma esta advertencia y la reformula a través del concepto del **deseo del analista**, que en *Mi enseñanza* aparece como eje ético de la práctica. El deseo del analista no es el deseo de curar ni de conducir al sujeto hacia ideales normativos, sino el deseo de que el análisis se sostenga hasta sus últimas consecuencias.

La transferencia, tal como Freud la descubre, es motor del análisis. Lacan muestra que esta se organiza alrededor del supuesto saber atribuido al analista. De allí la exigencia de no identificarse con ese lugar, sino de manejarlo de tal manera que el análisis no se cierre en la dependencia ni en la idealización. Esta posición, incómoda pero necesaria, ha sido objeto de un trabajo constante en los espacios de reflexión de esta Asociación.

En *Mi enseñanza*, Lacan otorga un lugar central al acto analítico, subrayando que no hay garantía previa que pueda sostenerlo. Freud ya había mostrado que todo acto analítico implica un riesgo y una responsabilidad que no se delegan. El acto no se apoya en el saber acumulado ni en la pertenencia institucional, sino en una posición ética que se decide caso por caso.

La transmisión del psicoanálisis, tanto en Freud como en Lacan, no se reduce a la enseñanza de conceptos. Freud transmite a través de su experiencia, de sus casos y de sus impasses. Lacan insiste en que el psicoanálisis solo se transmite como experiencia, y que dicha transmisión deja marcas, no certezas. De allí la importancia del análisis personal, de la supervisión y del trabajo entre colegas.

Por esta razón, la afirmación de que el analista se autoriza de sí mismo... y de algunos otros. Esta formulación no niega la función de las instituciones, pero sí señala sus límites. Las instituciones son necesarias como lugares de trabajo y confrontación, pero no pueden garantizar la posición analítica. Esa garantía no existe. La autorización es siempre muy individual y se renueva en cada acto de la práctica.

Considero que esta tensión entre lo singular y lo colectivo ha sido un eje central en la historia de la Asociación de Encuentros Psicoanalíticos de Medellín. Este espacio ha permitido sostener el trabajo, incluso allí donde no había consenso, manteniendo abierta la pregunta por el psicoanálisis y por el lugar del analista en nuestra época.

Llegar a este cierre implica, para mí, asumir que toda experiencia analítica — también la institucional— tiene un tiempo lógico. Freud nos enseñó que no todo análisis es interminable por estructura, pero sí por la resistencia a concluir. Lacan retoma esta cuestión y nos recuerda que *cerrar no es concluir*, sino producir un corte que permita otro modo de continuidad.

Este cierre no es una retirada ni un distanciamiento del psicoanálisis, sino un **acto de separación**, en el sentido preciso del término. Un acto que reconoce lo recibido, que agradece el trabajo compartido, pero que no se sostiene en la nostalgia ni en la

repetición. Se trata de un acto que introduce un límite, condición necesaria para que el deseo no se fije ni se institucionalice.

Me retiro de la Asociación, pero no del compromiso ético que implica ocupar un lugar. La experiencia compartida en este espacio ha dejado marcas que continúan presentes en mi práctica, más allá de toda pertenencia formal.

Fiel a la enseñanza freudiana y lacaniana, este cierre no cierra el trabajo, sino que lo reinscribe en otros lugares, bajo otras formas, manteniendo viva la exigencia ética que funda el psicoanálisis.

A la Asociación de Encuentros Psicoanalíticos de Medellín, a sus miembros y a quienes han sido parte de este recorrido, mi agradecimiento y mi reconocimiento.

Atentamente, Catalina Arcila

Medellín, enero 2026